

CAPÍTULO X

Campaña de Austerlitz y paz de Presburgo: nuevos proyectos de Napoleón, que produce la cuarta coalición europea.

La Francia no sintió tan profundamente como España el desastre que aniquilaba su mejor escuadra, porque las victorias que el emperador le proporcionaba en el Norte al mismo tiempo encerraban á sus ojos colmada reparación.

El día que Napoleón supo que Villeneuve, después de la derrota de Finisterre, se había metido en un puerto de Galicia en vez de presentarse en el canal de la Mancha, donde con una febril ansiedad le estaba esperando, arrebatado de ira, se levantó de la cama de su alojamiento é hizo llamar al conde Daru, intendente general de su ejército. Encontróle éste ensimismado, paseando como un demente, y dejando escapar palabras que revelaban una profunda agitación. «¡Qué marina..... qué almirante..... cuántos sacrificios perdidos..... todas mis esperanzas malogradas..... Ese Villeneuve, en vez de hallarse en la Mancha, ha fondeado en el Ferrol..... se acabó..... allí le bloquearán!» Y saliendo repentinamente de su paroxismo, como herido de una súbita inspiración, se vuelve al conde y le dice: «Daru, póngase V. ahí..... escúcheme V..... escriba V.» Lo que dictó al amanuense fué una de las campañas más asombrosas que haya podido concebir conquistador alguno con todo sosiego

de espíritu; fué la célebre campaña de Austerlitz.

Noventa mil austriacos á las órdenes del archiduque Fernando habían pasado el Inn, treinta mil ocupaban el Tirol, y cien mil, conducidos por el archiduque Carlos, marchaban hácia el Adige; dos poderosos ejércitos rusos estaban en movimiento para unirse á esos doscientos veinte mil hombres; y la Inglaterra, tranquila ya sobre su seguridad insular, preparaba los trasportes que debían llevar al continente las tropas que habían de concurrir á la destrucción de los planes de aquel gran revoludor del mundo.

Éste, obedeciendo sólo á la inspiración que iluminaba su mente, vuela á París, pide al Senado ochenta mil hombres más, y seis días después de su salida de la capital, el 1.º de Octubre, atravesaba ya el Rhin y se encontraba al frente de su más formidable enemigo, el Austria. Tenía ciento sesenta mil soldados á sus órdenes. Con ellos cruza la Baviera, pasa el Danubio, entra en Munich, arrolla en cuatro encuentros al enemigo, y en la batalla de Ulm obliga á rendir las armas al ejército que más confianza inspira á la coalición, el del general Mack. Viena, aterrada, abre sus puertas al terrible corso; pero no se doblega todavía el em-



perador Francisco I de Alemania. Había evacuado su capital pocos días antes de la entrada de Napoleón, y uniéndose presuroso á las huestes rusas que venían en su auxilio con el emperador Alejandro á la cabeza, da la vuelta á recobrar sus Estados. Encontráronse en Austerlitz con el invasor francés, y ufanos de su superioridad numérica, pelearon con denuedo y confianza, mas sin talento y sin fortuna. El czar sólo debió su salvación á la generosidad del vencedor, y el emperador de Austria tuvo que ir á su campamento para implorar la paz. Tres semanas después de la gran batalla con que Napoleón había celebrado el aniversario de su coronación, le hizo firmar el tratado de Presburgo (26 de Diciembre), en que era reconocido rey de Italia, señor de Venecia, Génova, Toscana, Parma y Plasencia. El Austria, ya debilitado con los tratados de Campo Formio y Luneville, perdió además la Suabia, el condado del Tirol, la ciudad de Ausburg, el principado de Echstet, parte del Passau y otros de sus Estados. La Prusia, sorprendida por la victoria en medio de su armamento, tuvo que ver en silencio pasar los principados de Berg, Cleves y Neufchatel á los generales del vencedor, Murat y Berthier, por eximirse de su venganza. Sólo faltaba una humillación á los soberanos seculares y la recibieron en Munich, adonde pasó en seguida Napoleón para casar á su hijo adoptivo, Eugenio de Beauharnais, virey de Italia, con la princesa Amelia de Baviera. Los soldados de la revolución mezclaron su sangre con la sangre de los reyes de derecho divino. Era así como esperaba el moderno emperador, ya desvanecido, consolidar sus conquistas y su dinastía.

Vuelto á París, no ocupó el sosiego de la paz sino en preparar nuevas empresas que dilatasen sus dominios. Sin consideración á que el rey de Nápoles era hermano de Carlos IV, dió aquella corona al que lo era suyo, José Bonaparte.

A Luis y Jerónimo los puso también en los tronos de Holanda y Westfalia. Promovió la disolución del antiguo cuerpo germánico; y formó bajo su protección un nuevo estado con el título de *Confederación del Rhin*, obligando al

emperador Francisco á hacer la abdicación de una soberanía que realmente no poseía ya.

La Prusia, al observar de qué manera iba extendiendo más cada día su compás la ambición del emperador; al ver que se le rehusaba la incorporación del electorado de Hannover, quitado á la Inglaterra, en compensación de los estados de Berg, Cleves y Neufchatel que había cedido, salió de la neutralidad en que viviera por espacio de diez años, y promovió secretamente la cuarta coalición contra el perturbador de la paz europea. Este volvió á campaña con ciento cincuenta mil soldados, no sólo franceses, sino también de los diferentes estados de que era señor ó protector, y á los catorce días había roto ya en los campos de Jena el cetro del gran Federico (14 de Octubre). La magia de este recuerdo, otras veces tan poderosa con los prusianos, se desvaneció como la bruma al prestigio personal del moderno guerrero, para quien la campaña de Prusia fué un paseo triunfal más que una conquista. Firmado el armisticio de Charletombourg, prosiguió el conquistador su marcha contra los ejércitos sueco y ruso, á quienes llenó de terror con la toma de Varsovia, la ocupación de los pasos del Vístula y el sitio de Dantzik.

Aunque la guerra se encaminaba al Norte, y España seguía siendo fiel aliada de Napoleón, ella no permanecía en sosiego durante estas agitaciones que conmovieron á Europa. El destronamiento del rey de Nápoles vino á dar principio á una nueva serie de celos y vacilaciones en la corte de Madrid. Aparentando deferencia á los ruegos de Carlos IV, Napoleón había diferido el castigo que tenía meditado contra Fernando por su perseverante alianza con los ingleses, particularmente en la tercera coalición. En realidad no hacia más que esperar la ocasión oportuna. Llegó ésta cuando poseionado de la capital del Austria en la campaña del año cinco, nada tenía que temer ya de las altas potencias vecinas bajo cuyo amparo vivía el reino de Nápoles. Un hermano de Napoleón, José, recibió el encargo de ir con un ejército á recoger y ceñirse aquella corona, fácil empresa que le abrevió la fuga de Fernando á Sicilia á la sombra de la escuadra inglesa.



Afigió mucho á Carlos esta conducta, pues creia merecer el perdon de su hermano en gracia de los servicios que tan generosa y lealmente le prestaba. La manera seca y desatenta como el emperador le comunicó un suceso para él de tanta gravedad, le afectó más quizá que el hecho mismo, hallando en todo motivos para concebir serios recelos sobre la seguridad de su propia corona. El embajador, al poner en sus manos la comunicacion, acabó de alarmarle con la insinuacion que le hizo de que tal vez las circunstancias de la guerra pudieran obligarle á tomar con el nuevo reino de Etruria igual resolucion. Como el medio más adecuado para evitarlo, indicóle el mismo extranjero la introduccion de guarniciones francesas en la Toscana; ofrecimiento sospechoso, al cual se opuso desde luego el monarca español, comprometiéndose á enviar él las tropas necesarias para la conservacion de aquel reino en servicio de la Francia. Don Gonzalo Offarril partió, en efecto, con una guarnicion de cinco mil hombres, que entraron en Florencia sin obstáculo del emperador, así porque no podian ser jamás un inconveniente para sus planes contra aquel Estado, como porque habituaban á España á desprenderse de sus soldados.

Hizo pagar, sin embargo, su condescendencia. Necesitado de recursos para la nueva guerra que le preparaba la Prusia, y no pudiendo exigir los subsidios, porque el rompimiento con Inglaterra los habia suspendido, hizo entender al agente particular de Godoy, Izquierdo, que agradecería un socorro pecuniario; y tales esperanzas debió éste de concebir, que sin hallarse autorizado, le entregó un donativo de veinticuatro millones de francos, tomados de la caja de consolidacion de Madrid. Semejante largueza, aunque no la consentia el estado de nuestro gobierno, fué aprobada por el valido, enviando plenos poderes á su agente para ajustar con el emperador el tratado acerca del cual se le habian hecho insinuaciones. Pero entonces fué Napoleon de parecer que se difriese para despues de la campaña.

El enojo que esta añagaza debió causar al príncipe de la Paz, se acrecentó con los sucesos que le subsiguieron. Tras la coronacion de

José Bonaparte vino la cuestion del reconocimiento, al que se negó Carlos con una firmeza que honra sus sentimientos de familia, y entonces soltó Napoleon irritado estas palabras que revelaron el secreto de su corazon apenas entrevisto por aquél: «Si Carlos IV no quiere »reconocer á mi hermano por rey de las Dos »Sicilias, su sucesor lo reconocerá.»

Súpose al mismo tiempo, que hallándose poco antes el emperador dispuesto á la paz con Inglaterra, le proponia para indemnizacion de sus pérdidas la cesion de una de las Antillas españolas, Puerto-Rico ó Cuba, á cuyo dueño esperaba contentar haciendo á su hermano rey de las Baleares. ¡Qué horrible descubrimiento para la imbécil corte de Madrid! ¡Qué humillacion tan atroz para la noble nacion española!

Además aparecieron entonces en Francia multitud de folletos contra las ramas de la casa de Borbon, conteniendo ya biografias depresivas, ya episodios históricos que tendian á desprestigiarla con los pueblos en que todavía dominaba. No publicándose nada en Francia sin la censura imperial, no cabia dudar de dónde procedia aquella cruzada de escritores asalariados y la Jerusalem á cuya conquista se encaminaban.

Godoy abrió al fin los ojos á estos rayos de siniestra luz. Poseido de la despechada indignacion que le producía el engaño de que por tanto tiempo habia sido víctima, quiso declarar desde luego la guerra á la Francia; resolucion audaz que sólo podría acometer quien tuviese á sus espaldas la nacion entera pronta á seguirle, no quien, como el valido, se hubiese granjeado el desprecio y el odio de todas las clases. Carlos moderó su ardor haciéndole aguardar á ver el resultado de las negociaciones que se habian entablado para comprometer á la Prusia en una cuarta coalicion. Luego que se supo que esta potencia estaba al fin resuelta á romper su larga neutralidad, Carlos salió de su indecision, y vino á España un enviado de la Rusia, autorizado para ajustar una alianza en que se comprometía el autócrata, á no dejar las armas de la mano en tanto que su cooperacion pudiera ser útil á España, sin cuya intervencion tampoco trataría nunca de pa-



ces con la Francia. Con esta condicion y la de que se le procurarian fondos, ya por medio de empréstitos, ya tomándolos de los subsidios que la Gran Bretaña suministraria á la Rusia y la Prusia, convino la corte de Madrid en formar parte de la coalicion con la cláusula de la más absoluta reserva hasta el dia en que, reunidos los recursos necesarios, pudiera hacer su declaracion.

Con este cambio de política era consiguiénte la paz con Inglaterra, que por su parte deseaba tambien cesar las hostilidades con nosotros para convertir toda su atencion al Norte. En Agosto se presentó en el Tajo una fuerte escuadra inglesa con tropas de desembarco, y propuso á las dos cortes peninsulares su apoyo si querian tomar parte en la guerra. Ambas se excusaron por parecerles arriesgado todavía en las circunstancias en que se hallaban; pero la de Madrid despachó secretamente á Londres un comisionado con encargo de manifestar sus disposiciones amistosas é inclinacion á un arreglo.

Hallábase ya en Lisboa el agente, que era el luego célebre D. Agustín Argüelles, cuando llegó á detenerle un grito de guerra lanzado desde el Escorial á los españoles. Era una proclama del príncipe de la Paz (6 de Octubre) en que se llamaba á la nacion á las armas para salvar la patria de peligros que no señalaba y de enemigos que no nombraba. Quedaron todos atónitos y confusos con semejante exabrupto sin acertar á explicar el enigma ni á concebir tamaña imprudencia. Ella, sin embargo, existía, y basta sin duda para dar á conocer toda la incapacidad del hombre que en época tan difícil regia desgraciadamente á España con absoluto imperio. El secreto de tan incalificable paso estaba en los conciertos que acababa de hacer con el enviado ruso, Strogonoff, y la corte de Lisboa, por influencia de la princesa española que en ella residía. Portugal se pondría en pié de guerra; España con este pretexto para con Napoleon se pondría tambien; y cuando la Rusia empezase en el Norte la campaña, los dos Estados occidentales declararían el verdadero objeto de sus armamentos, presentando en las costas más descuidadas de Francia sus escua-

dras apoyadas por la Inglaterra. El éxito de este audaz proyecto, dado que se pudiese engañar á Napoleon, dependía de la reserva con que se hiciesen los armamentos y de la oportunidad del rompimiento.

Pero el príncipe de la Paz imaginó tal vez que la sola declaracion de España en un momento crítico anonadaria á Napoleon, y la hizo cuando le vió marchar contra Prusia, de la cual esperaba, sin duda, enérgica resistencia; paso desatentado que debia servir de pretexto muy luego para la atroz felonía que meditaba el emperador. La declaracion, hecha en la ocasion convenida y con todos los medios indispensables para sostenerla, era un acto de audacia que justificaria la villanía de Napoleon; pero la declaracion sin los medios no era más que una provocacion insensata, una imbécil temeridad. Argüelles dió por acabada su mision; Strogonoff asombrado se arrepintió de su obra; el Portugal se apresuro á procurar modos de alejar toda sospecha de connivencia con España, la cual quedó sola siendo objeto de la sorpresa de todas las naciones y del enojo del emperador.

Poco tardó Godoy en arrepentirse de su torpe ligereza. La noticia de la batalla de Jena, que hizo rodar por el suelo la corona de Federico, le dejó aterrado, temiendo por instantes la venganza del vencedor. Por precaucion, por vanagloria ó por inadvertencia, la proclama estaba firmada por el príncipe de la Paz, y no hablaba en nombre del rey, circunstancia favorable para el mezquino recurso de una negativa. Hizo, en efecto, que todos los agentes españoles en las cortes extranjeras publicaran en sus periódicos oficiales diferentes interpretaciones. Quién dijo que aquel documento habia sido forjado por los enemigos del gobierno de España; quién que se dirigía contra el emperador de Marruecos movido por la Inglaterra á enviar una expedicion contra nuestras costas; quién que lo habia motivado la presentacion de la escuadra inglesa en Lisboa con tropas de desembarco. Esta fué la explicacion que Godoy hizo llegar á Napoleon por medio del duque de Frias, á quien envió á felicitarle por sus últimas victorias contra los mismos que sin ellas hubieran



sido entonces sus aliados. Aparentó creerle el agraviado, y tanta generosidad y templanza manifestó en la conferencia, en medio de algunas estudiadas amenazas en términos generales, que la corte de Madrid, viéndose libre de las angustias que por este motivo la inquietaban, pasó de un extremo á otro, de un indiscreto recelo á la más ciega confianza, de la enemistad á una servil complacencia. Aprobó el destronamiento de Fernando, reconoció á José Bonaparte rey de Nápoles, y dió pronto cumplimiento al célebre bloqueo continental expedido por Napoleon en Berlin á las potencias amigas de la Francia, para que cerrasen sus puertos á la Gran Bretaña y decomisasen los artículos de su comercio.

A todos estos reveses que experimentó el año seis el príncipe de la Paz, se juntó otro para él mucho mástemible, que fué el repentino cambio, respecto á la política exterior, hecho por los enemigos de su funesta administracion agrupados al rededor del príncipe de Asturias. Preciso es dar aquí á conocer cómo se habia ido formando este partido, al que cupo luego tan grande parte en los acontecimientos que sobrevinieron en España.

Niño todavía, de constitucion endeble y enfermiza, el príncipe de Asturias habia sido ya mirado como un faro de salvacion por los que veian caminar á España á un naufragio cierto bajo la direccion de Godoy. Aunque las primeras manifestaciones de su carácter no fueron lisonjeras, pues se veía constantemente en su rostro cierta seriedad sombría, hablaba poco y se complacia en dar muerte entre sus manos á los pajaritos que caian en su poder, la necesidad humana de buscar en el porvenir un consuelo á los males presentes, hizo que desde larga distancia se empezase á mirar su reinado como se mira una playa dulce desde un mar borrascoso. Atribuíansele dichos que no habian salido de sus labios; veíase en su seriedad un indicio de reflexion; propalábanse hechos generosos que su corazon no era capaz de sentir. El P. Scio, piadoso varon, á quien fué primero encomendada su educacion, moral, murió sin merecer una expresion de cariño y reconocimiento de su régio alumno.

Cuando hubo llegado á la edad en que debia principiar su educacion literaria, Godoy, despues de muchas investigaciones á fin de hallar una persona del estado eclesiástico, como se exigia, que supiese formar al príncipe que debia ceñir un dia la corona, vino á nombrar ayó instructor al canónigo de Zaragoza D. Juan Escoiquiz, en quien creyó sin duda encontrar las prendas necesarias y la conveniente adhesion á su persona. «Su exterior, dice él mismo, tenía todo el aire de un candor cristiano y filosófico; era dulce y grave á un mismo tiempo: su manera de mirar parecia algunas veces la expresion de todas las virtudes, y su modo de hablar el de un sabio sin pretensiones de talento: sus respuestas y sus promesas las de un hombre sincero que, sin presuncion de sí mismo, comprendia su deber y no tenía otra mira que cumplirlo.» Luego conoció cuánto se habia equivocado en sus primeros juicios ó cuánto le habia engañado sus informe, pues Escoiquiz no era como literato más que un mal poeta, y como político tampoco más que una grande ambicion cubierta con una impenetrable hipocresía.

Ya bajo su direccion el príncipe, más que de instruirle en las reglas y en los modelos de bien decir, y los axiomas de las matemáticas, para que habia sido llamado, se afaná en educarle políticamente, á su manera, imaginando sin duda en su interior ser un dia lo que Richelieu y Mazarino en Francia ó Cisneros en España. La caída de Godoy durante el breve ministerio de Saavedra y Jovellanos, permitió á los reyes conocer por primera vez que tales eran las pretensiones del preceptor. Juzgando verdadera la desgracia de su protector, creyó ser aquella oportuna ocasion de elevar su influencia hasta el trono, y á este fin presentó al monarca una «Memoria sobre el interés del Estado en la eleccion de buenos ministros» cuyas partes podian muy bien personificarse, la primera en el príncipe de la Paz como ejemplo de los perniciosos efectos de un mal gobierno, y la segunda en él como adornado de todas las prendas que deben concurrir en un hombre de Estado. La acogida que los reyes le dispensaron, en la apariencia favorable, le estimuló á dar un



paso más avanzado, cual fué el incitar al príncipe á que pidiese permiso á su padre para asistir á las sesiones del consejo con objeto de irse instruyendo en los graves negocios del Estado. No se ocultó á Carlos de dónde procedia tal pretension ni la intencion que envolvía, y, á fin de evitar que la ambicion del preceptor sembrase la discordia en el seno de la real familia, lo desterró á Toledo con la dignidad de arcediano de Alcaráz.

Empero llegaba tarde esta precaucion. Las semillas que sembrara Escoiquiz en el corazon del príncipe habian prendido con vigor, y la separacion de su querido preceptor no hizo más que exasperarle, creyéndole objeto de injurias prevenciones. Comparábase con Godoy, y no podia llevar en paciencia que el heredero del trono fuese tenido en ménos que un ministro sin ningun título que pudiera justificar su elevacion. Empezó de esta manera á aborrecer á sus padres y á Godoy, pero sobre todo á su madre, por quien éste dominaba en palacio y á quien no era posible demostrar en el ánimo del malaventurado Carlos. Escoiquiz desde el destierro siguió cultivando estos ódios hasta el extremo de que el alucinado jóven viese en el príncipe de la Paz un rival trabajando por arrebatarle la corona. Sostenia con su alumno secretamente una frecuente relacion por medio de cierta clave, y algunas veces iba disfrazado á visitarle, dejándole con estos actos de adhesion cada vez más prendado y sumiso á sus planes.

El enlace que por entonces acordaron los reyes contratar para sus dos hijos, huyendo de la insinuacion de Napoleon respecto á la infanta Maria Isabel fué de los sucesos que mejor explotó Escoiquiz en el ánimo de su discípulo. Godoy convino al punto en el casamiento de la infanta con el hijo del rey de Nápoles; pero desaprobó el segundo, así por no tener Fernando más que diez y ocho años de edad, como por hallarse su educacion muy atrasada. Era de parecer que se difriese hasta que ésta se hubiese perfeccionado, y al efecto aconsejaba que se le enviase á viajar por Europa. Las miras de Godoy eran tal vez alejar un instrumento dócil á todos los odios que le rodeaban. Como quiera,

Carlos desestimó el consejo por el temor de que fuera de España pudieran los intrigantes emplear en sus fines la inexperiencia del príncipe, y con el dictámen favorable de Caballero, resolvió definitivamente la celebracion simultánea de los dos casamientos.

Esta ceremonia, acompañada de grandes festejos, acabó de fijar la atencion de España sobre el jóven príncipe en quien cifraba su porvenir. La fama de talento y de virtud que precediera á su esposa, fué una garantía más á sus esperanzas: por eso este acontecimiento puede señalarse como el origen del partido *fernandista*, cuya alma fué el arcediano de Alcaráz.

Constituyeron este partido en un principio todos los que aborrecian la administracion de Godoy, que era casi toda la nacion, pues el que no tenía que censurar sus desaciertos en política, vituperaba sus liviandades. Pertenecianle por consiguiente los hombres ilustrados que el valido se habia enajenado con la versatilidad de su conducta, tan pronto favorable á ideas liberales como inclinado á las represivas; pertenecianle los hombres de sano corazon y los que veian empañado el brillo de la majestad real por su contacto; pertenecianle los que habian hecho al príncipe de Asturias objeto de sus esperanzas; pertenecianle, por último, las gentes del pueblo, que aborrece siempre la inmoralidad aunque él esté viciado, y maldice al que prostituye la dignidad nacional. Era, en una palabra, el partido popular de España. Pero no era todo en él ilustracion, ni probidad, ni patriotismo; habia tambien abyectas pasiones, como de ordinario en todos los partidos, y éstas eran las que formaban su núcleo. El príncipe desacreditando á su madre; la princesa, sirviendo de espía en nuestra corte á la de Nápoles, sometida á los ingleses; Escoiquiz sembrando intrigas y calumnias para minar el poder ya que no podia escalarle, formaban la misteriosa tripode de este partido en quien engañosamente cifraba la nacion su porvenir. Comprendiendo los sentimientos morales del país, no hubo medio, sin embargo, por indigno que fuese, á que en su odio hácia el valido no apelasen. Enviaron comisionados á todas las provincias á estimular



la animadversión general contra él, de suerte que hasta las medidas dictadas con la mejor intención servían para ahondar su descrédito. Ya le atribuían insensatas miras de usurpación; ya proyectos de reforma que alarmaban los más profundos intereses del país; ya trazaban animadas pinturas que hacían brotar al rostro la indignación y la vergüenza hablando de lo que pasaba en palacio á espaldas del rey. Jamás partido alguno empleó recursos más enérgicos para soliviantar al pueblo que los que puso en juego el génio intrigante del canónigo Escoiquiz. Llegó la inmoralidad, según se dijo, al extremo de promover un hambre ficticia para producir una sublevación contra el valido, y fueron muchos los que atribuyeron á sus manejos los alborotos de Vizcaya en 1804.

Godoy, viéndose de tal manera perseguido, vengábase por cuantos medios se le ofrecían, aunque todos se le convertían en su daño. Enseñaba á los reyes las cartas de la princesa á la corte de su madre interceptadas por Napoleón, y la opinión pública le acusaba de la división de la real familia: reducía al príncipe de Asturias á la nulidad desterrándole á un rincón del palacio, y los que no veían en eso justificados sus conatos de usurpación, le hacían el cargo de que preparaba la ruina de la monarquía alejando del consejo al que debía heredar su cetro: acogíase bajo la protección del emperador para reemplazar con su fuerza y su prestigio lo que le negaba la popularidad, y se pregonaba que era un traidor pagado por la Francia, sin reparar que acaso eran las persecuciones y el odio general lo que le obligaba á entregarse más y más al emperador, como era la venganza lo que hacía á sus contrarios partidarios de la Inglaterra.

¡Cuán fácilmente puede ser extraviada la opinión pública cuando no está robustamente formada, cuando no se ilustra por medio de la libre emisión de todas las ideas, de todas las acusaciones y hasta de todos los errores! El error no prevalece nunca largo tiempo, es una ley natural; y nada abrevia tanto su efímero reinado como la discusión, pero la discusión libre, sin opresión física ni coacción moral, sólo sujeta al predominio de la razón como Dios ha

querido que sea libre el pensamiento humano, encadenado solamente á la ley social que él formula. Libres son las aguas del mar, alborótanse y chocan en todas direcciones; y sin embargo, no devoran la tierra porque su propia gravedad hace en ellas lo que en la sociedad la razón. ¿Quién duda que, si entonces hubiese existido esa libertad, los escándalos de palacio no hubieran sido tan grandes y notorios; se hubieran conocido oportunamente las pasiones que hervían allá en el centro del partido fernandista; el trono no hubiera caído en la ignominiosa degradación que quizá influyó más que nada en el ánimo del emperador para emprender la incorporación de España? ¿Qué extraño es que un espíritu ambicioso y audaz, halagado por la fortuna, se encendiese en deseos de sujetarla á su poderío, viéndola en tal abyección? A lo ménos el cambio que el partido fernandista ejecutó á la muerte de la princesa de Asturias, acaecida prematuramente en 1806, debió indudablemente avivar la impaciencia de un alma ardorosa. La falta de la princesa no privó sólo á la Inglaterra de un auxiliar poderoso en la corte de Madrid, en el que fundaba sus esperanzas sobre el porvenir, sino que fué ocasión de una evolución completa en su partido. Escoiquiz, su eje, no obrando por convicciones sino por ambición y resentimiento, apenas observó á Godoy decidido á declararse contra el emperador, se convirtió hácia éste, que no vió sin sorpresa y sin placer tan repentina y completa peripecia. Decidió también á Fernando á trabajar de una manera más activa y ostensible que hasta entonces y bajo un plan diferente. Hizo que le presentase al rey un anónimo, como encontrado en su cartera, en el cual se aplaudía la intención que movía al príncipe de la Paz á oponerse á las miras ambiciosas de Napoleón; pero se censuraba severamente el rompimiento, atendidas las fuerzas con que aquél contaba y las escasas de la nación. Con esta apariencia de imparcialidad se esperaba sin duda conseguir mejores efectos. Al mismo tiempo se hicieron llegar á manos de Carlos muchos otros anónimos que á la nota de incapacidad añadían la de corrupción, sin olvidarse de recordar el escarnio que estaba ha-



ciendo del tálamo real. Pero el buen Carlos IV vivía tan alucinado por su indigna consorte, que contestó á todos sus misteriosos consejeros eligiendo al imprudente valido á la cumbre de la grandeza y del poder con el nombramiento que en él hizo de protector del comercio, almirante de España é Indias con el tratamiento de *alteza serenísima*, título que sólo habían llevado en España los hijos naturales de Carlos V y Felipe IV (13 de Diciembre de 1807).

El desvanecido Godoy no reparaba que su inconsiderada elevación reconcentraba el odio del que debía llegar á ser su señor. Obligado éste asistir con sus padres á la serenata que dieron al agraciado los músicos de Madrid, exclama con amargura: «¡Así me usurpa un vasallo mio el amor y el entusiasmo de los pueblos! Yo no soy nada en el Estado, y él es omnipotente: esto es insufrible.» Su hermano Carlos, á quien los celos no ofuscaban la razón, cuéntase que le consolaba diciendo proféticamente: «No te incomodes; cuanto más le den, más tendrás muy pronto que quitarle.» Súpolo Godoy, y sin embargo no huyó de aquella nube que se cargaba de encono contra él ni moderó su vanidad: tanto le ofuscaba el poder y desvanecían su amor propio las más pequeñas ventajas.

Entonces los sucesos que tenían lugar en América contribuían á engrairle cuando debieran ser en realidad motivo de desconsuelo los mismos triunfos. Pitt no se había limitado á enviar expediciones marítimas que por la fuerza de las armas destruyesen ó se apoderasen de nuestras colonias; había también procurado introducir el germen revolucionario para que se rebelasen contra la metrópoli, como nosotros habíamos rebelado las suyas en el anterior reinado. Para esto aceptó los ofrecimientos del general Miranda, hijo de Caracas, soldado voluntario de todas las revoluciones que estallaron en ambos mundos desde que pudo manejar la espada. Puso la Inglaterra á su disposición una pequeña escuadra con tropas de desembarco, que arribaron el 16 de Abril de 1806 á las costas de su país, donde creía que el eco de su voz bastaría para producir el incendio en todo el vireinato. Su voz, sin embargo, se perdió en las soledades de sus bosques,

y tuvo que alejarse precipitadamente refugiándose en la isla Trinidad, abandonando casi todas sus tropas y dos corbetas de la expedición. Fogoso é indomable, volvió sobre las costas colombianas y acometió dos veces á la isla Margarita; pero siempre con igual desgracia, porque no había llegado todavía la época en que el pueblo americano despertase al grito de independencia.

Tampoco fueron felices los resultados de la expedición puramente militar. Á favor de algunas manobras estratégicas, la escuadra inglesa que se presentó á la vista de Buenos Aires consiguió engañar al virey para que dividiese sus fuerzas, y se apoderó entonces fácilmente de la ciudad. Pero mientras retirado en Córdoba el virey juntaba tropas para emprender la reconquista, un capitán de navío, el intrépido Liniers, pide al comandante de Montevideo seiscientos hombres solamente, reúne cien más de milicias, y de acuerdo con los habitantes, tiene la osadía de presentarse ante los ingleses é intimarles la rendición. La desdeñosa negativa fué la señal de un brioso ataque que hizo dueños á los españoles de las baterías exteriores y del punto llamado el Retiro. Con el auxilio de los habitantes, indignados de ver su morada presa del enemigo por la impericia del virey, se apoderó dos días después de la ciudad, obligando á los ingleses á refugiarse al fuerte. Cercados allí por aquellos valerosos soldados y por un pueblo que pedía enfurecido el asalto, viéronse precisados á izar la bandera blanca. Orgullosos los sitiadores de su triunfo, aún no se calmaron hasta que hicieron al comandante Beresford arrojar su espada por la muralla y enarbolar por sus propias manos la bandera española (12 de Agosto). El recobro del botín que los ingleses habían hecho y la presa de géneros por valor de setenta millones hizo más ruidoso este triunfo de la osadía y el entusiasmo.

No obstante, tardó poco en presentarse una nueva expedición en el Río de la Plata con más de quince mil hombres de desembarco. Montevideo, situado el primero á la derecha de la entrada, resistió con denuedo por espacio de cuatro meses los ataques que fuerzas tan su-